

Capitalismo periférico y comportamiento reproductivo

JAVIER MARTÍNEZ PEINADO*

El comportamiento reproductivo expansivo en los llamados países «subdesarrollados» se ha convertido desde hace ya unas decenas de años en uno de los ejes de explicación de la pobreza y otras secuelas ó manifestaciones del llamado «atraso» de estas sociedades. Evidentemente, la concepción «etapista» del crecimiento económico y social tiene mucho que ver con esta óptica del problema. En la teoría económica ortodoxa (con salvedades a las que luego haremos referencia) la dinámica de la población (básicamente, las variables de natalidad y mortalidad) se considera algo exógeno, un dato, para el análisis económico, y, más concretamente, para la teoría económica del crecimiento. A grandes rasgos, la compaginación entre el análisis demográfico y el económico se reduce a la constatación del fracaso, en estas sociedades, de la «transición demográfica», ya que la caída de la mortalidad —producto de la «revolución sanitaria», exógena a la dinámica social, no ha sido seguida de la caída correspondiente de la fecundidad. Las causas de esta falta de correspondencia son explicadas en el campo de la sociología, antropología, sanidad, etc. Y aunque ya desde la economía clásica se asignaba un papel fundamental a las variables económicas a la hora de explicar el comportamiento reproductivo, el peso de estas variables ha ido siendo diluido, por los analistas, en el complejísimo cajón de sastre que hoy se utiliza para explicar las pautas de natalidad. En definitiva, se ha renunciado a una explicación global de un fenómeno también global.

La otra cara de la moneda de esta impotencia analítica es la obsesión por las consecuencias negativas del crecimiento demográfico acelerado para

* Profesor Estructura Económica Mundial. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Universidad de Barcelona.

el propio desarrollo económico (aunque aquí también habría que hacer salvedades (1), de tal forma que tal dinámica demográfica no sólo impide salir del subdesarrollo (teoría de la «trampa del equilibrio a bajo nivel» de Nelson (2)), sino que se afecta negativamente a las perspectivas del bienestar mundial. La «explosión demográfica» se ha convertido en uno de los jinetes del apocalipsis del futuro de la humanidad.

Metodológicamente, esta forma de analizar la relación población-economía adolece de una insuficiencia analítica básica: sólo se preocupa de lo que podríamos llamar el binomio «población-recursos», mientras que deja fuera del campo analítico la explicación del comportamiento reproductivo. Y decimos que es una deficiencia analítica básica porque operando así se llega a desenfocar totalmente el problema de la relación población-economía, llevándolo a un callejón sin salida.

Ello quedará más claro si consideramos, en concreto, que en la polémica «científica» entre optimistas y pesimistas sobre las posibilidades del «progreso»; o del crecimiento de recursos, o del desarrollo de las fuerzas productivas, o como se le quiera llamar, se elude casi siempre el hecho de que los «recursos» y las «fuerzas productivas» son, tanto en su definición como en su valoración, estimación e incluso dinámica, resultado de las características concretas de la estructura económica específica e histórica que ellos mismos han posibilitado (y, en determinados momentos históricos, impuesto). En la economía capitalista, cuyas leyes rigen la producción y distribución económicas mundiales, la propia definición de yacimientos/reservas, el sistema de explotación, la valoración, etc. de los recursos son algo sólo definible en el marco de las categorías mercantiles privadas que este régimen de producción impone, y que no tienen —o cada vez menos— que ver con presuntas características naturales o con determinismos biológicos o geológicos.

El análisis del binomio «población-recursos» cuando ambos polos son tratados exógenamente, como elementos separados de una infraestructura que no se liga ni articula con la estructura de la sociedad que los utiliza, nos lleva, pues, a un falso debate entre mediciones y perspectivas bastante inútil.

Parece fundamental, pues, abordar el problema a partir de la consideración de las variables demográficas como endógenas a la dinámica estructural. El «binomio» pasa a ser, desde su aparente ámbito infraestructural, un problema de una estructura económica específica.

Y endogenizar las variables de «población» (primer término del binomio) requiere, básicamente, explicar cómo la estructura económica influye en el comportamiento reproductivo. En concreto, y centrándonos en el

(1) Nos referimos a autores como A. O. HIRSCHMAN, P. I. SINGER, W. A. LEWIS, E. BOSERUP, C. CLARK, etc., quienes, desde una perspectiva bien de demanda generada por el incremento demográfico o bien por la oferta creciente de fuerza de trabajo, no consideran por sí mismo negativo el crecimiento demográfico acelerado.

(2) R.R. NELSON: «A Theory of the Low-level Equilibrium Trap in Underdeveloped Economies». *American Economic Review*, vol. XLVI, Dic. 1956 n.º 5, pp. 894-908; HAZLEDINE Y MORELAND: «Population and Economic Growth: A World Cross-section Study». *Review of Economics and Statistics*, vol. LIX, agosto 1977, n.º 3, pp. 253-263. Para una crítica de la teoría desde el punto de vista de la teoría económica, v. J.L. SIMON: «There is no Low Level Fertility and Development Trap». *Population Studies*, vol. 34, n.º 3, nov. 1980.

fenómeno de la explosión demográfica, se trataría de ver cómo el «subdesarrollo» (término que cuestionaremos a continuación) engendra un comportamiento reproductivo *aparentemente* excesivo.

1. SUBDESARROLLO VERSUS CAPITALISMO PERIFÉRICO

El modo de producción capitalista es un régimen de producción expansivo y dominante. Su expansión espacial comienza ya en la etapa de la acumulación originaria, con el colonialismo. Su profundización en todas las esferas de la vida económica y social es algo progresivo en las sociedades, y va de la mano del desarrollo de las fuerzas productivas que la acumulación capitalista impulsa. Pero esta dominancia respecto a anteriores formas de reproducción económica y social va a adquirir formas diferentes, debido precisamente a los rasgos de la primera característica mencionada, la expansión. En efecto, las sociedades que va a sufrir el colonialismo y el imperialismo no van a ver totalmente destruidos sus tradicionales modos de producción, sino que éstos van a ser adaptados a la funcionalidad del proceso de acumulación que tiene lugar en los centros imperialistas. Esta subsumción, primero formal y luego real, de los modos precapitalistas al capitalista, termina de aparecer claramente en la última fase del modo de producción capitalista, la de la acumulación de capital a escala mundial, cuyos inicios podemos fijar a partir de la IIª Guerra Mundial. Hablamos ahora ya de un Sistema Capitalista Mundial (basado en un único proceso de acumulación), en el que distinguimos partes muy desiguales. Las diferencias más profundas entre el Centro y la Periferia del Sistema residen precisamente en los modos de acumulación que se han dado en ellos. Las formaciones sociales centrales son tales porque se edifican sobre un modelo de capitalismo autocentrado, dominante y exclusivo; las formaciones sociales periféricas —e independientemente de las subclasificaciones que podríamos hacer aquí— son tales porque las estructuras que las basan sufrieron y sufren una desarticulación, extraversión y dependencia que son el resultado de la experiencia colonial e imperialista. Las manifestaciones de esta forma de desarrollarse la acumulación capitalista en ellas, a partir de la estructura dual y la subsumción del precapitalismo al capitalismo en la reproducción social, es lo que configuran, a nuestro entender, el *fenómeno* del subdesarrollo. Es decir, metodológicamente, primero hay que explicar las características del capitalismo periférico, *que a su vez* explican las características de las estructuras económicas y sociales de las formaciones sociales periféricas, *que a su vez* explican esas manifestaciones y fenómenos (hambre, miseria, productividad baja, etc.) que configuran o dan contenido a la expresión «subdesarrollo».

¿Es consustancial el crecimiento demográfico acelerado con el capitalismo periférico y con el subdesarrollo? Puede parecer que no, o por lo menos podemos encontrar varios países de capitalismo periférico (el cono sur de América Latina, por ejemplo) en el que las tasas demográficas hace mucho que se asemejan a las de los países centrales. Por otra parte, países considerados como «semiperiféricos» por su alto potencial de crecimiento económico en los últimos años (Brasil, México) mantienen, en la misma zona, tasas demográficas «típicas» del subdesarrollo.

Por otra parte, si analizamos en forma paralela la evolución demográfica mundial y la del sistema mundial capitalista (en este último caso, considerando como tal incluso el breve conjunto de países europeos que se pueden llamar capitalistas pioneros en el siglo XVII), podemos ver claramente que ambas expansiones, *espacial e históricamente*, son paralelas. Allá donde el modo de producción capitalista empieza a convertirse en hegemónico, sobreviene el crecimiento demográfico, en términos generales. ¿Quiere ello decir que el capitalismo supone incremento demográfico? Desde luego, la experiencia de la fase imperialista en el Centro desmentiría tal aseveración. Por lo tanto no se puede sino investigar cuáles son los mecanismos que ligan —y han ligado— el proceso de acumulación al comportamiento reproductivo, modelándolo hasta cierto límite. Porque la anterior paradoja no sería tal si, en vez de considerar la dinámica demográfica del Centro, consideramos la de la población mundial en su conjunto, en una fase en que en su mayor parte ha tomado ya contacto con el modo de producción capitalista. Y esta consideración global cabría enfatizarla en la actual fase de la acumulación de capital a escala mundial, en la que *precisamente* aparece el «problema demográfico» del subdesarrollo.

Y hay otro tipo de consideración a hacer: cuando se intenta explicar el comportamiento reproductivo de sociedades subdesarrolladas atendiéndose a variables superestructurales, la variedad de culturas, tradiciones, ideologías, etc. impiden teorías generales ante superestructuras distintas. Pero sigue siendo incuestionable que el crecimiento demográfico acelerado es un fenómeno «único» u «homogéneo» a pesar de la «diversidad» y «heterogeneidad» de las sociedades en que tiene lugar. Lo común a estas sociedades no es la superestructura, por lo que pensamos que no es útil buscar ahí la explicación del fenómeno. Si es común el «subdesarrollo», pero hemos visto que éste no es sino resultado de otra cosa. Es otra cosa, el capitalismo periférico, es el ámbito en el que cabe buscar la explicación, e incluso de las excepciones a la regla del comportamiento demográfico expansivo antes citadas.

La cuestión a resolver, pues, aparece ya nítida; cómo la acumulación de capital, o las variables correspondientes a ella, impulsa en las estructuras económicas periféricas, modeladas por su funcionalidad de una forma desestructurada pero que las reproduce como tales economías periféricas, la actuación de una serie de factores que potencian el comportamiento reproductivo expansivo.

2. CAPITALISMO PERIFERICO Y REPRODUCCION DE LA FUERZA DE TRABAJO

El nexo fundamental en la relación economía-población es la capacidad de la segunda para desarrollar la actividad económica. La población es el continente o soporte de la fuerza de trabajo (en adelante, FT), que a su vez es la primera y principal fuerza productiva. El proceso de reproducción de la fuerza de trabajo (PRFT) y el proceso de reproducción de la población (PRP) están, pues, esencialmente relacionados, aunque el carácter *económico* del primero (ya que para la mayoría de la población de una sociedad clasista, la FT es su única posesión) y el carácter biológico-natural del

segundo pueden entrar (y entran) en contradicción (3). En el régimen capitalista, en el que la FT es una mercancía, la reproducción de la población asalariada se ve influida teóricamente, por las variables económicas que afectan a la reproducción de la FT. Esto es algo que la ciencia económica ha recogido desde sus inicios, con la teoría del «dogma económico» de los clásicos, y en los últimos años con la «nueva teoría económica del hogar» o «doméstica» (New Home Economics), que son los casos principales en los que los economistas sí han endogenizado el comportamiento reproductivo en el análisis económico (y que son las salvedades a las que nos referíamos al principio del artículo). Ciñéndonos al PRFT, podemos establecer dos formas de reproducción de la FT: la forma-valor y la forma-no-valor (4).

La forma-valor de la FT es la que ésta asume cuando se aplica en la producción de capital; es decir, es FT que se utiliza para valorizar capital invertido; su valor (el capital variable) es la variable fundamental del PRFT; el interés del capitalista será bajarlo, o pagar por debajo de él, a la vez que pasará a la sociedad la máxima parte posible del creciente coste de una FT que se exige cada vez con más cualificación y más necesidades para su mantenimiento (al ser más cualificada, renorvarla desde cero es más caro). Por su carácter expansivo y exclusivo, el modo de producción capitalista tiende a absorber el máximo de FT social bajo esta forma. Dicho de otra manera, la relación salarial, como fuente de plusvalía o mera productividad (para el capitalismo), tiende a extenderse, a costa de la FT existente en los ámbitos no capitalistas, e incluso en los sectores capitalistas más débiles. La dinámica de esta forma de reproducción está basada, por tanto, en el progresivo paso de la producción de plusvalía absoluta a la de plusvalía relativa. En esta forma se reproduce prácticamente la totalidad de la población dominada de las formaciones sociales capitalistas centrales.

La forma-no valor de la FT es la que ésta asume cuando se aplica en procesos de trabajo no subsumidos en la producción de capital. Es, pues, FT que se reproduce fuera de la esfera capitalista; las esferas típicas en las que se da esta forma de reproducción son las de autoconsumo y la mercantil simple. En la primera, la FT no va al mercado. Su posible exceso no se presenta, pues, como una FT sin equivalente en aquél, sino que lo hace como un valor de uso potencial que se enfrenta (en este caso de exceso) a una escasez absoluta de medios de producción (caso distinto al capitalista, en el que este «aparente» exceso demográfico se da al aumentar éstos). La actividad económica típica de esta forma es la agrícola, y la introducción del capitalismo en ella supone una ruptura esencial en esta forma de reproducción, por la privatización de la tierra, etc. La FT que se reproducía como valor de uso tiene que pasar a reproducirse como valor de cambio (asalarizándose en el campo o en otro mercado de FT), y pasará a reproducirse en la forma-valor, bien ocupada, ó desempleada. En este

(3) He profundizado en el tema en mi Tesis Doctoral: «La Economía de la fuerza de trabajo y el proceso de reproducción de la población: un enfoque estructural». Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Barcelona (no publicada). Capítulo IV, § IV.

(4) Los términos y parte del análisis están tomados de W. DIERCKXSENS: «Capitalismo y Población». Ed. Universitaria Centroamericana, 1979. San José. Además, un desarrollo más completo del tema se encuentra en mi Tesis antes citada, cap. IV.

segundo caso seguirán funcionando, en parte, los mecanismos de reproducción propios de la forma-no valor. Respecto a la esfera mercantil simple, su inestabilidad crónica en el modo de producción capitalista le impide desarrollarse y expandirse, ya que no obtiene ganancia (y en el caso de la agricultura, ni siquiera, a veces, el salario de reproducción de la FT). Su máxima aspiración es reponer los medios de producción y FT consumidos. Si esta reposición no se consigue, la FT es desplazada a reproducirse en la forma-valor. Pero también se da el paso inverso: FT desplaza de la forma-valor (en general, perteneciente al ejército de desocupados) viene a intentar reproducirse en esta esfera.

Además de en estos ámbitos no capitalistas, la forma-no valor se da *dentro de la forma* —valor por medio del trabajo doméstico. Éste ocupa a FT socialmente necesaria, cuyo valor de uso se articula con el valor de cambio de la FT producida para el mercado. Históricamente, la división sexista del trabajo ha impuesto a la FT femenina el trabajo doméstico. Con el desarrollo del capitalismo, las nuevas necesidades de la acumulación van destruyendo o modificando, por un mecanismo doble, la forma-no valor del trabajo doméstico. Por una parte, aumentan progresivamente las mercancías necesarias para el PRFT, y se producen fuera del entorno doméstico, con lo que la FT doméstica deviene, desde el punto de vista social, en superflua (en parte del tiempo de trabajo socialmente necesario para reproducir la forma-valor, ya incorporado por las nuevas mercancías domésticas). Por otra parte, la participación de la mujer en la producción de plusvalía es necesaria para el capital, pues su no incorporación elevaría innecesariamente el valor de la FT. Cuando se generaliza el empleo femenino, el salario pasa de ser individual (suficiente para que el cabeza de familia sostenga a ésta, como ya planteaba Adam Smith) a familiar, lo cual permite reducir el individual. Y todo el proceso, como pez que se muerde la cola, sirve para engendrar más presión de la FT sobre los medios de producción, lo que en las condiciones capitalistas de producción va a aparecer como «sobrepoblación» (5).

En base a estas formas de reproducción de la FT podemos deducir comportamientos reproductivos que reflejarán la influencia del PRFT en el PRP. La población cuya FT se reproduce en la forma-valor tratará de adaptarse a las condiciones económicas determinadas, sobre todo, por la demanda de FT, que en última instancia determinará la dinámica de los ingresos y costes de la reproducción de la unidad familiar. Una demanda en expansión y exigente de poca cualificación potenciará comportamientos reproductivos expansivos (Revolución Industrial, «baby boom» posbélico en el Centro); una demanda en declive y exigente de alta cualificación reducirá el crecimiento natural (etapa imperialista y fase actual en el Centro). Por su parte, la población cuya FT se reproduce en la forma-no valor *no* está sujeta a las restricciones o condicionantes de la demanda de FT, o lo está en la medida en que se relacione con la esfera capitalista. El predominio del valor de uso sobre el valor de cambio de la FT supone, entonces, una tendencia a comportamientos reproductivos expansivos.

(5) Sobre las características de esta «sobrepoblación», exógena y endógena a la propia dinámica de la acumulación, es magnífico el análisis de DIERCKXSENS, op. cit.

Estamos ya en condiciones de ligar el capitalismo periférico con la «explosión demográfica» del subdesarrollo. En efecto: una de las características del capitalismo periférico respecto a la FT es la no integración de gran parte de la población en el ámbito capitalista, o sea, en la asalarización como único medio de obtener ingresos. Y ello es así porque la reproducción del capital (la acumulación) no necesita de ese mecanismo interno, sino que es básicamente dependiente del exterior. Más concretamente, cabría decir que el capital que se reproduce en la Periferia es mayoritariamente internacional, o que la forma principal de reproducirse es como capital foráneo. Y como tal, no necesita del mercado interno para su reproducción (caso contrario al autocentramiento). La extraversion de las economías periféricas limita, pues, la extensión de la forma-valor en la reproducción de vastos contingentes poblacionales.

Pero las características de la forma periférica de acumulación de capital determinan también otras características de la población que son citadas a menudo son propias del subdesarrollo, y achacadas al ámbito demográfico, siendo, por el contrario, consecuencia estructural del capitalismo periférico. Nos referiremos brevemente a las dos más conocidas, que han centrado tradicional y recientemente (última Conferencia de Población de las NN.UU.) las políticas demográficas; el carácter predominantemente rural de la población y la hipertrofia del sector terciario-urbano de estas economías (cuyo máximo exponente son las «ciudades-monstruo» de la Periferia).

En lo que se refiere a la predominante adscripción de la población al sector agrícola, no es ni más ni menos que el fruto del predominio de la forma no-valor en la reproducción de la FT periférica. Y este predominio sólo se explica por lo dicho anteriormente sobre las necesidades de la acumulación capitalista periférica. La población dominada en las sociedades «subdesarrolladas» sólo ha importado, históricamente, como productora, más que como consumidora, y el capital ha optado, también históricamente, por explotar esta FT desde este aspecto: salarios que no llegan al mínimo de subsistencia y mantenimiento de formas de extracción del excedente precapitalistas, manteniendo un enorme ejército de reserva latente que le permite mantener la tasa salarial (en el ámbito capitalista propiamente dicho) al mínimo. Esto, por cierto, es algo admitido hasta en la teoría «dualista» de Lewis. La no destrucción de los modos precapitalistas (básicamente, el autoconsumo y la producción mercantil simple) para subsumirlos en el modelo de acumulación, permite así alargar la producción de plusvalía absoluta hasta límites inalcanzables en el Centro (en el que la población sí importa, además, como consumidora), a la vez que perpetúa los ámbitos de funcionamiento de la forma-no valor, únicos en los que, mal que bien, puede reproducir su existencia gran parte de la población periférica.

En lo que se refiere a la hipertrofia del sector terciario, es obvio que, económicamente hablando, está causada directamente por el modelo de acumulación periférico; y, demográficamente hablando, por las rupturas que el capitalismo supone en los mecanismos de reproducción de la forma-no valor (ruina de los pequeños artesanos, expulsión de campesinos, directa o indirecta). El sector terciario de las economías periféricas no crece como respuesta al desarrollo de las fuerzas productivas, las necesidades de

la acumulación en cuanto a la realización de la plusvalía o la rentabilización del PRFT, tal y como ocurre en el capitalismo autocentrado, sino porque constituye un espacio pseudo-económico en el que buscan la subsistencia, y se reproducen, amplios sectores poblacionales expulsados (definitiva o periódicamente) o no admitidos en el proceso de producción capitalista.

Pero, en contra de lo que plantea la teoría dualista, estas características del «subdesarrollo» son fruto de una articulación orgánica y funcional entre la forma valor y la forma-no valor de reproducción, porque la misma articulación orgánica y funcional existe entre el capitalismo periférico y la acumulación de capital a escala mundial, modelando ésta a aquél. Podemos concluir, pues, que el mantenimiento de la forma-no valor de la FT (de sus ámbitos de existencia) es resultado (porque es *condición para*) la acumulación a escala mundial.

3. FORMA-NO VALOR, COMPORTAMIENTO REPRODUCTIVO Y POLITICAS DEMOGRAFICAS

Cuando el análisis económico ha intentado explicar las pautas de natalidad ha utilizado variables relacionadas con el ingreso familiar y el coste de la FT. Los clásicos utilizaron el salario (en relación directa con la fecundidad), y el más moderno enfoque de la «nueva teoría económica doméstica» ha construido diversos modelos de comportamiento racional del productor/consumidor de hijos en torno a funciones de producción doméstica (Becker, Willis), de teorías sobre la utilidad de los hijos (Leibenstein), o definición de «status» (Easterlin, Leibenstein), por citar las corrientes más significativas (6). Desde la óptica marxista, la aportación fundamental es la de S. H. Coontz (7), que considera el ratio ingreso/coste de la FT como «variable estratégica» en las explicación de los cambios longitudinales y transversales de la fecundidad.

En nuestra opinión, y sin entrar en consideraciones más profundas por no ser propiamente éste el objeto de este artículo, tanto las NHE como el análisis de Coontz dan cuenta, con algunos matices, del comportamiento reproductivo asociado a la forma-valor, en la que, como ya dijimos, las variables económicas asociadas a la demanda de la FT (explícitas en Coontz, implícitas en las NHE cuando hablan de «renta», «precios», «calidad de los hijos», etc.) suponen una serie de restricciones o apoyos para el cambio de tamaño familiar.

(6) Por citar sólo algunas de las pioneras o más significativas aportaciones, H. LEIBENSTEIN: «The Economic Theory of Fertility Decline». *Quarterly Journal of Economics*, vol. LXXXIX, n.º 1, feb. 1975; R. J. WILLIS: «A New Approach to the Economic Theory of Fertility Behavior». *Journal of Political Economy*, vol. 81, n.º 2, Part II, mar.-abril 1973; R. EASTERLIN: «Relative Economic Status and the American Fertility Swing», en E. B. Sheldon (ed): «Family Economic Behavior: Problems and Prospects». Toronto y Filadelfia, Lippincott, 1973. Para una crítica global: M. E. Giménez: «Population and Capitalism». *Latinamerican Perspectives*, Issue 15, vol. IV, n.º 4, 1977. También para mayor amplitud temática y bibliográfica, v. mi Tesis antes citada, Cap. III.

(7) S. H. COONTZ: «Population Theories and the Economic Interpretation». Routledge and Kegan Paul Ltd., Londres 1957. Hay traducción castellana en FCE, Mexico 1960.

Evidentemente, en la forma-no valor ni el ingreso ni el coste de la FT suponen, en general, restricciones, porque lo que la familia hace por la mera subsistencia se sitúa al margen del nexo capitalista. Incluso en su articulación con él, la demanda de FT no cualificada fomenta la fecundidad. En otras palabras, la inexistencia de restricciones de tipo estructural (tal y como se dan en el capitalismo autocentrado) indica el no funcionamiento *subjetivo* de los mecanismos frenadores del tamaño familiar grande (aspiraciones de mejorar el status, desutilidades materiales de criar, muchos hijos, etc.). En el mantenimiento, por parte de las familias «periféricas», de sus pautas «tradicionales» de fecundidad, cabe interpretar la *adopción de una nueva pauta* adaptada a su «moderna» situación en la estructura social, al haber cambiado la mortalidad (y sólo en esa medida). Tal mantenimiento, a nivel subjetivo, refleja, pues, una *racionalidad*, sólo que derivada de unos datos en los que no pueden modificarse precisamente las variables que tenderían a cambiar las pautas de fecundidad. De hecho, por su situación respecto al nexo capitalista, la estructura periférica en la que se hallan inmersos les conducen a una alta natalidad, no ya por el papel económico (positivo) de los hijos y la familia extensa, sino incluso por el contexto infraestructural (variables bio-médicas de la mujer, mortalidad infantil, etc.) que *justifica*, y el contexto superestructural (variables intermedias) que *legitima*, esa racionalidad.

Cuando se han aplicado modelos de la nueva teoría económica doméstica a sociedades subdesarrolladas uno de los resultados más destacables es el no funcionamiento de las variables de «demanda» de hijos (las económicas, propiamente dichas) y sí las de «oferta» (de carácter no económico) (8). Al no tener en cuenta la específica articulación de las formas del PRFT, o considerar la forma-no valor como una reminiscencia a superar en posteriores etapas del «desarrollo» (ignorando, como es de suponer en la teoría ortodoxa, la acumulación a escala mundial, sus mecanismos y necesidades), las variables explicativas vuelven a ser exógenas al análisis.

En nuestra opinión, y según el esquema analítico brevemente esbozado en las líneas precedentes, la importancia de las variables intermedias se superpone a los condicionantes estructurales. La influencia económico-estructural se da por afirmación y por omisión, como queda formulado al hablar de una forma de reproducción en negativa (forma no-valor). Es por ello que, en la medida en que las políticas demográficas antinatalistas desarrollen básicamente su pugna contra la «mentalidad», las «tradiciones», etc., quedando en un nivel superestructural y subjetivo, su éxito será relativo respecto a la magnitud del «problema demográfico», ya que a lo máximo que se podría llegar sería a modificar la racionalidad hasta el punto en que la demanda de FT y sus mecanismos regulasen más directamente el comportamiento reproductivo, porque se habría pasado a la producción de plusvalía relativa. El tamaño familiar puede disminuir en los sectores que se reproducen en la forma-valor enteramente, en un mercado que les exija un nivel creciente de cualificación, etc., o en los sectores burgueses más permeables a la racionalidad del «homo economi-

(8) J. E. KOCHER: «Socioeconomic Development and Fertility Change in Rural Africa». *Food Research Institute Studies*, vol. XVI, n.º 2, 1977, pp. 63-75, con bibliografía.

cus». Pero estos sectores no son, ni podrán ser, mayoritarios (ello querría decir que la Periferia deja de serlo), y no es su comportamiento reproductivo la causa del «problema demográfico».

4. EL EJEMPLO DE AMERICA LATINA

El proceso de reproducción de la población en las formaciones sociales latinoamericanas es un ejemplo claro de los resultados que se deducen del análisis realizado en los apartados anteriores. Es, además, una zona en la que ha cobrado, desde hace años, especial virulencia la polémica sobre la relación crecimiento demográfico-subdesarrollo, donde más voces han intervenido con argumentos anti y pro «neomalthusianos» (9). Por otra parte, son numerosísimos los análisis económico-demográficos locales (referidos a espacios urbanos y rurales muy concretos), que han aplicado modelos de toda índole para explicar tanto la influencia de las mutaciones económico-estructurales en el comportamiento reproductivo como las consecuencias, en la dinámica del ingreso y en la profundización de las diferencias sociales, del crecimiento demográfico acelerado.

El hecho de que el objeto de análisis se haya concretado hasta niveles de aldea o pequeñas poblaciones responde, no ya a la lógica dimensión, inabarcable por lo extensa, de la globalidad de una formación social tan compleja como lo son los grandes países del área, sino también a la óptica «subjetivista» que toma a la unidad familiar como agente básico del estudio. En general, podríamos decir que hay tres formas de aproximarse a la explicación del comportamiento reproductivo, según se escoja como eje a la mujer, la unidad familiar o los condicionantes estructurales económicos generales que se hayan establecido a nivel teórico, previamente, como significativos en la explicación. Es obvio que todas ellas son válidas y, en la realidad, no excluyentes, y la elección de una u otra no expresa más que el interés específico del investigador. En el esquema analítico esbozado en los apartados anteriores, ya hemos hecho una elección, en el sentido de referirnos a la tercera forma de aproximación. A continuación veremos, pues, una aplicación del análisis a algunos países del área.

Por características demográficas y económicas generales, podemos distinguir «grupos» de países entre los seleccionados (Cuadro I):

GRUPO I: Argentina, Uruguay, Chile: países con una tasa de crecimiento natural «baja», que no llega al 2 % a principios de esta década. Sus tasas demográficas más significativas (tasa bruta de natalidad, tasa de fecundidad, mortalidad infantil) son las menores de los países escogidos.

GRUPO II: Bolivia, Perú, Brasil: su crecimiento natural se sitúa entre el 2 y el 3 %. Bolivia tiene las tasas con valores más altos en este grupo, pero hay que destacar que es el país de estadísticas más deficientes y menos

(9) Dentro de la copiosa literatura al respecto, cabe destacar, en nuestra opinión: A. FUCARACCO et al.: «Imperialismo y Control de la Población». Buenos Aires, Periferia, 1973; J. Consuegra: «El Control de la Natalidad como Arma del Imperialismo». Buenos Aires, Galerna, 1969. Un buen resumen de la literatura reciente se halla en J. P. BERLAN: «El Problema de la Alimentación Mundial: MARX, MALTHUS y sus epígonos». *Revista Mensual/Monthly Review*, vol. 4, n.º 2, Nov. 1980, pp. 69-85.

puestas al día, aunque parece que en los últimos años ha habido cierto freno demográfico.

GRUPO III: México, Honduras, Guatemala: en ellos se da un crecimiento natural superior al 3 %. México, en sus tasas y evolución demográfica reciente, parece poderse asimilar más al segundo grupo.

CUADRO I

<i>País y año</i>	<i>TBN</i>	<i>TF</i>	<i>MI</i>	<i>TCN</i>
Argentina (1979)	24.2 (1)	102.6 (2)	38.5	15.4
Uruguay (1981)	18.3	77.7 (3)	34.1	8.8
Chile (1981)	23.4	87.5	27.0	17.2
Bolivia (1975)	46.6	192	138.2 (4)	28.6
Perú (4)	38.6	167	93.5	27.0
Brasil (4)	33.3	140	82.4	24.4
México (4)	38.3	155 (5)	59.8	30.5
Honduras (4)	47.1	221	95.4	35.3
Guatemala (1980)	41.8	184	65.9	34.7

TBN: Tasa bruta de natalidad

TF: Tasa de fecundidad

MI: Mortalidad Infantil

TCN: Tasa de crecimiento natural en 8 ‰

(1) 1977. (2) 1979. (3) 1980. (4) Estimación NN.UU. para 1975-1980. (5) 1978.

Fuente: NN.UU.: Anuario Demográfico, diversos años.

Aunque no es nuestro propósito realizar un análisis longitudinal o histórico del comportamiento demográfico en los distintos países, conviene destacar —con la precaución debida a la relativa fiabilidad de los datos que ofrecen las NN.UU.— el comportamiento del GRUPO I, sin duda el más homogéneo y paradójico en el conjunto de América Latina.

En este grupo, la TBN declinó a lo largo del período de entreguerras, estabilizándose en torno al 32-34 por mil en Chile, 19-21 por mil en Uruguay, y 23-24 por mil en Argentina. Posteriormente, las estimaciones de las NN.UU. ofrecen breves períodos de alza de la TBN: en Chile, en la década de los cincuenta y primeros años sesenta, a partir de cuando cae vertiginosamente, a lo largo de las décadas de los sesenta y setenta, hasta llegar al 20-23 por mil en los ochenta; en Uruguay, el alza se da a partir de la segunda mitad de los cincuenta, alcanzando los máximos en los primeros sesenta, cayendo luego progresivamente hasta alcanzar los niveles menores del grupo; por último, en Argentina es a partir de la década de los sesenta cuando se observa cierta recuperación de la TBN, que vuelve a alcanzar el 25 por mil a finales de los setenta.

Las caídas «recientes» de la natalidad en estos países parecen ser achacables a la caída de la fecundidad. Así, la tasa de fecundidad general en Chile, que se estimaba de 150.9 para el período 1960-65, cayó al 107.3 en

1970, al 97.7 en 1975 y se estimaba del 85.2 en 1980. En el caso de Uruguay, la TFG, que había alcanzado el 96.8 en 1963, era 77.0 en 1973 y 78.7 en 1980.

Por lo que respecta al resto de países escogidos, cabe destacar la persistente caída de la fecundidad en Brasil desde por lo menos la década de los sesenta, aunque se mantiene en valores «altos» (185 en el período 1960-65, 154.4 en el período 1970-75, 139.6 en el período 1975-80). En Perú y Bolivia no hay cambios fundamentales o conclusiones en este sentido que se puedan extraer de la escasa fiabilidad de los datos, durante las dos últimas décadas precedentes. Lo mismo ocurre con los casos de Guatemala y Honduras. En este último, parece que la TFG ha venido oscilando en las dos últimas décadas en torno al 200 por mil. En Guatemala se estima la TFG del período 1965-70 en 201.3 y de 181.4 en 1975-80. Para México no hemos encontrado estimaciones de las NNUU.

En resumidas cuentas, lo que se trata de destacar es que, por una parte, existe una clara diferencia entre el GRUPO I y los demás, y que el comportamiento reproductivo, a pesar de estar siendo frenado en el resto de los países de los otros grupos, sigue siendo lo suficientemente expansivo como para hablar de «problema demográfico».

Veamos ahora cómo también en el análisis de las formas de reproducción de la FT se destacan esas diferencias entre el grupo I y los restantes, y cómo los ámbitos económico-estructurales de los segundos siguen siendo —a pesar de su pérdida continua de máxima importancia— una base indiscutible del comportamiento reproductivo expansivo.

En primer lugar debemos delimitar las variables empíricas que deben reflejar las categorías teóricas de la reproducción de la FT. Obviando ahora la discusión en profundidad del tema (10), elegimos el «empleo» como significativa de la forma-valor, puesto que refleja, sin más condicionantes que los de carácter económico, las características cuantitativas y cualitativas de la demanda de FT. Más en concreto, el índice del empleo asalariado no agrícola nos mostraría el ámbito fundamental en el que la FT se reproduce en la forma-valor. Pero no es en ella en la que nos fijaremos en este artículo. Por el contrario, la definición de la forma-no valor, que es la que nos interesará aquí, supone que hemos de excluir, en la medida de lo posible, el nexo capitalista «puro» de la asalarización. El autoconsumo y la esfera mercantil simple (producción o distribución de mercancías) quedan bien reflejadas, en nuestra opinión, en las categorías del trabajo por cuenta propia y el trabajo familiar, que son clasificaciones de la FT propias del análisis estadístico de la Población Económicamente Activa (PEA).

Las características del PEA, por tanto, son las que nos indicarán los ámbitos de existencia de la forma-no valor de la reproducción de la FT. Está claro que en el caso de la PEA no nos encontramos, como en el del empleo, ante una variable estrictamente económica, directa y dependientemente vinculada a la dinámica de la acumulación de capital. La PEA es una categoría básicamente *demográfica*, condicionada por la estructura de sexos y edades, y otras variables demográficas y superestructurales (legislación sobre entradas y salidas del mercado de FT, legislación y tradiciones sobre

(10) V. mi Tesis antes citada, tomo II, Cap. V y VI.

la familia y la mujer, etc.), además de por la demanda de FT (que «dirige» en lo fundamental las diversas adscripciones de la oferta de FT), y que hacen bastante manipulable e incluso ideológica su propia medición y cuantificación.

Sin embargo, la adscripción de la FT disponible en una sociedad a los diversos sectores y categorías sí que dan una idea de cómo la FT *responde* a las características económicas. En el análisis de esta adscripción podemos delimitar, en términos generales, los ámbitos de existencia de la forma-no valor.

Usando datos de la OIT (11), las diferencias entre los países del grupo I y los restantes en cuanto a la asalarización se refiere, quedan patentes en el Cuadro II. En él podemos observar cómo ya desde 1950 la PEA adscrita al mercado capitalista de FT es muchísimo mayor en los países del Grupo I, donde ronda el 70 %, que en el resto, donde apenas llega al 50 % en los mejores casos, y sólo es superado ligeramente en el país en el que la relación salarial se va extendiendo progresivamente al calor de su reciente conversión en un «nuevo país industrial», según la literatura al uso: Brasil.

Por otra parte, la baja en los porcentajes de asalarización en los últimos años en los países del Grupo I están vinculados a la crisis económica, política y social (sobradamente conocida) de estas sociedades durante la década de los setenta. El desplazamiento de la FT desde la asalarización hacia el trabajo por cuenta propia o familiar no remunerado no significa necesariamente, como vimos en su momento, un desligamiento total de la forma-valor en la presente coyuntura de esos países.

En los países de los Grupos II y III encontramos, pues, que en los ámbitos que posibilitan la forma-no valor se adscribe más de la mitad de la FT considerada como activa. Si además tuviéramos en cuenta la categoría de los «inclasificables» (que en países como Bolivia, Guatemala, Honduras y especialmente México suponen porcentajes de la PEA de dos dígitos, siendo el último caso el más extremo, con un ¡22 %! de la PEA) se puede intuir claramente la dimensión enorme de las estructuras económicas en las que el comportamiento reproductivo expansivo no es sino la respuesta *necesaria* a la reproducción de la FT en su forma no valor.

Por otra parte, en el Cuadro III podemos observar cómo la mayor parte de los trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados del Grupo III se encuentran en la agricultura y la esfera mercantil simple, propias de la forma-no valor, como quedó dicho más arriba.

Incluso dentro de la asalarización, los mayores porcentajes de la categoría «asalariados» de estos países están también en la agricultura (México: 45 %; Guatemala: 36 %; Honduras: 39 %), muy por encima de los restantes países, que nunca llegan a destinar más del 20 % de sus asalariados a este sector. Y habría que destacar aquí dos individualidades: Brasil, que sí tiene un componente agrícola muy importante hasta 1970 (no disponemos de datos comparables posteriores), aunque a una tasa de descenso muy rápido: 57.9 % en 1950, 52.1 % en 1960, y 44.7 % en 1970; y

(11) Hemos utilizado dos fuentes de datos: el «Anuario de Estadísticas del Trabajo» de la OIT, para distintos años, y la publicación (con datos «no oficiales») de PREALC (OIT): «Mercado de Trabajo en Cifras. 1850-1980». Santiago de Chile, 1982.

Bolivia, en la que el sector minero aglutina al 38 % de los asalariados (1976), el 20 % de los empleadores y trabajadores por cuenta propia, y el 6 % de los familiares no remunerados.

Otras características del capitalismo periférico, común a todos los países escogidos pero con diferencias que a nuestro entender están en la base de su distinto comportamiento demográfico, las podemos entresacar del cuadro IV:

Por una parte, volvemos a observar las diferencias, al comparar los subtotales urbano y agrícola, entre los países del Grupo I y el resto, e incluso entre el Grupo II y el único país del que se ofrecen datos comparables del Grupo III.

También es visible el proceso de «urbanización» en todos los países, dado el continuo incremento del porcentaje correspondiente al subtotal urbano, en detrimento del subtotal agrícola. Pero que esta «urbanización» no tiene las mismas características que las del capitalismo autocentrado se manifiesta en el incremento del sector «informal», igual o superior al propio de la urbanización en los países de los Grupos I y II.

Se manifiesta así la «hipertrofia del terciario». En la medida en que la esfera mercantil simple (en la manufactura, comercio y hostelería y servicios) se ve engrosada, no hay razón para que la forma-no valor y la preponderancia del valor de uso de la FT para la familia desaparezca totalmente con el desarrollo urbano del capitalismo periférico, y más si se procede de sectores donde esta forma de reproducción ya funcionaba.

De los porcentajes correspondientes al subtotal agrícola podríamos deducir conclusiones redundantes en lo mismo. El sector «tradicional» sigue siendo importante en los países de los Grupos II y III, a pesar de los treinta años transcurridos entre 1950 y 1980. Se observa así una persistencia *estructural* vinculada, en el análisis económico del subdesarrollo, a la necesaria explotación del campesino periférico para mantener bajos los salarios en el sector capitalista.

5. REFLEXIONES FINALES

El que gran parte de la fuerza de trabajo tenga que reproducirse en su forma-no valor en el capitalismo periférico en una consecuencia pura y simple de la función que éste cumple en el conjunto de la acumulación a escala mundial. Los distintos modelos de acumulación periférica de capital (primario-exportador, industrialización por sustitución de importaciones, o de exportaciones, etc.) modelan específicas estructuras económicas a las que deben adaptarse, «responder», la FT mediante su adscripción a los diversos sectores con determinadas características. Las formas de reproducirse esa FT se convierten, así, en dependientes de la dinámica de la acumulación. Como que en la forma-no valor el valor de uso de la FT predomina sobre su valor de cambio (para la familia), el comportamiento reproductivo expansivo a ella asociado adquiere una razón de ser estructural y vinculado precisamente a la existencia y características del capitalismo periférico que implican la existencia de los ámbitos específicos en los que se puede dar la forma-no valor de reproducción. Mientras no haya cambios estructurales que supongan la destrucción de estos ámbitos, la

«racionalidad reproductiva» de las familias «periféricas» les impelerá a tamaños familiares grandes, o al menos a no perseguir su drástica reducción. Incluso bajo la forma-valor cabe esa posibilidad, según las características de la demanda de FT (como ya ocurrió en el Centro durante la Revolución Industrial o el período posbélico).

En cualquier caso, esos cambios estructurales tienen unos límites muy definidos por la funcionalidad de la acumulación de capital a escala mundial. Mientras haya Periferia habrá forma-valor y un crecimiento demográfico, por consiguiente, considerando «excesivo» en esa Periferia. En definitiva, ello no es sino la versión, en la FT, de la sobreproducción capitalista, con sus características de «relativa» y «aparente», que se aplica a esa mercancía en que el modo de producción capitalista convierte a la FT. El «problema demográfico» no es un problema de la humanidad o del subdesarrollo, sino una característica del capitalismo periférico, o sea, una característica estructural de la acumulación a escala mundial. Los problemas del «subdesarrollo» de las economías latinoamericanas son similares e independientes de comportamientos demográficos diversos, pero con un sustrato común: el de ser respuesta a unas estructuras modeladas por la funcionalidad de un desarrollo mundial que sólo beneficia a una ínfima parte de la humanidad.

CUADRO II

ADSCRIPCIÓN DE CATEGORIAS DE LA PEA A SECTORES

<u>Categorías/Sectores</u>	<u>Agricultura</u>	<u>comercio y host.</u>	<u>Manufactura</u>
Empleadores	México: 45 %	México: 13 %	
y por cuenta	Honduras: 75 %	Honduras: 5.2 %	Honduras: 11.2 %
propia	Guatemala: 71 %	Guatemala: 9 %	
Familiares no			
México: 38 %			
México: 18 %			
remunerados	Honduras: 93 %		
	Guatemala: 87 %		

CUADRO III

Población Económica Activa
(por categorías)

<u>País y año</u>		<u>Asalariados</u>	<u>Trab. cuenta propia</u>	<u>Famil. no remunerados</u>
ARGENTINA	1950	71.3	7.8	6.1
	1960	70.5	12.0	5.2
	1970	72.2	16.7	5.2
	1980	71.2	27.4 (1)	3.2
URUGUAY	1960	73.7	14.7	1.9
	1970	72.9	18.1	2.5
	1975	69.3	23.8 (2)	2.0
CHILE	1950	72.2	22.4	3.1
	1960	75.7	19.2	3.7
	1970	71.9	18.6	7.4
	1983	48.8	21.9	13.6
BRASIL	1950	50.7	28.6	17.0 ^o
	1960	50.8	31.3	15.9
	1970	54.6	33.7	10.2
PERU	1960	45.3	36.1	16.7
	1970	47.9	40.2	11.1
	1981	41.8	39.8 (3)	8.0 ^o
BOLIVIA	1950	36.3	21.1	40.8
	1970	34.1	33.5	31.1
	1976	38.2	48.4 (4)	9.1 ^o
GUATEMALA	1981	47.2	42.5 (5)	6.8 ^o
HONDURAS	1977	44.3	27.0	14.5
MEXICO	1980	44.3	27.0	6.6 ^o

(1) Incluye «empleadores», que en 1970 eran el 5.9 % (1950: 14.8 %; 1960: 12.3 %)

(2) Incluye «empleadores», que en 1960 eran 2.6 %.

(3) Incluye «empleadores», que en 1970 eran 0.8 % (1960: 1.9 %).

(4) Incluye «empleadores», que en 1970 eran 1.3 % (1950: 1.8 %).

(5) Incluye «empleadores», que en 1970 eran 1.3 % (1950: 1.8 %).

^o En estos casos, aumenta la categoría de «inclasificables».

FUENTE: PREALC hasta 1970; Anuarios de la OIT para el resto.

CUADRO IV

Pea. Subtotal Urbano	TOTAL				FORMAL				INFORMAL			
	1950	1960	1970	1980	1950	1960	1970	1980	1950	1960	1970	1980
ARGENTINA	72	77.6	81.6	84.4	56.8	63.4	66.0	65.0	9.5	8.8	9.5	12.1
URUGUAY	77.8	79.2	81.0	82.3	63.3	63.6	64.2	63.3	9.0	10.0	11.1	13.0
CHILE	62.9	65.0	69.8	74.2	40.8	44.5	53.1	54.1	13.8	12.3	11.5	13.9
BRASIL	39.2	47.2	53.5	62.1	28.5	31.8	38.6	45.2	6.9	10.8	9.3	10.7
PERU	36.0	41.6	50.5	58.8	19.1	23.7	29.8	35.0	9.8	12.8	17.0	20.4
BOLIVIA	24.1	28.8	35.0	41.1	9.1	11.8	15.4	17.9	10.5	12.2	14.5	18.1
HONDURAS	18.9	28.4	35.6	24.4	11.4	16.7	21.8	25.6	4.5	6.7	8.8	14.0
Pea. Subtotal Agrícola	TOTAL				MODERNO				TRADICIONAL			
ARGENTINA	27.5	21.8	17.9	15.1	19.9	14.1	11.2	8.8	7.6	7.7	6.7	6.3
URUGUAY	22.0	20.6	18.8	17.5	17.3	14.7	11.9	9.5	4.7	5.9	6.9	8.0
CHILE	32.0	31.0	27.2	22.8	23.1	18.9	17.9	14.0	8.9	12.1	9.3	8.8
BRASIL	60.1	52.2	45.9	37.4	22.5	16.1	12.5	9.8	37.6	36.1	33.4	27.6
PERU	61.3	56.3	48.0	40.0	21.9	15.8	10.3	8.0	39.4	40.5	37.7	32.0
BOLIVIA	72.7	68.0	61.8	56.1	19.0	12.9	8.3	5.2	53.7	55.1	53.5	50.9
HONDURAS	80.5	71.2	64.1	56.9	30.2	21.5	23.8	24.4	50.3	49.7	40.3	32.5

Fuente: PREALC (OIT); «Mercado de Trabajo en Cifras. 1950-80». Santiago de Chile, 1982.